



NOTICIAS GLOBAL STRATEGIES NEWS

ANTONIO CAMUÑAS ESCRIBE SOBRE LA RENUNCIA DEL PAPA BENEDICTO XVI

TRIBUNA / RELIGIÓN / ANTONIO CAMUÑAS BAENA

● El autor sostiene que Benedicto XVI ha sido un Papa que cuidó las raíces de la civilización

La última Pascua

LOS ACONTECIMIENTOS se suceden tan vertiginosamente hoy en día que el lapso entre la sorprendente renuncia del Papa y su despedida podría calificarse de un vello no visto de no ser porque en estas semanas hemos estado escuchando algunas cosas, algunas incluso de tinte apocalíptico (según el título de este artículo, una mala broma idiomática que refleja el uso indebido de un anglicismo que traduce equivocadamente último «en realidad «supremo», «crucial» — en su acepción de último o «final»). En todo caso, no es fácil encontrar el calificativo adecuado para resaltar hasta qué punto el Pontificado que concluyó en unas horas es uno de los acontecimientos más relevantes de nuestra era.

Será esta sin duda una Pascua muy distinta a las que hemos vivido hasta ahora, que encuentra algunos paralelismos sorprendentes con la de hace dos milenios. De entrada, es tal y como ocurriría con el Nazareno. Este no anuncia su muerte abiertamente, sino que el mensaje de que su hora está cerca lo restringe a su círculo más íntimo, tal y como hizo Benedicto XVI en la misa por su 85º cumpleaños. Sólo luego, cerca ya la Pasión, Jesús será más explícito cuando dice: «El Hijo del hombre se va...» (Mateo 14:21), como también hará el Papa en ese reducida encuentro en el que informó de su irrevocable decisión. Incluso el mensaje de su último evangelio dominical, el de la Transfiguración, es aplicable a quien —de estar al límite de sus fuerzas— ha pasado a un evidente estado de paz interior que sigue el mensaje de esperanza de Jesús en el Éxodo ante unos aturullados discípulos que ya saben lo que le espera.

Si su colosal antecesor hizo de la fuerza interior piedra angular de su magisterio, Benedicto XVI ha encontrado en la belleza los cimientos de un breve pero fecundo Pontificado. Es difícil que este Papa no repita un llamamiento en favor de esa belleza que dignifica al hombre, ya fuera consagrando templos como la basílica de la Sagrada Familia o en sus encuentros con artistas, pintores o intelectuales. Su pasión por la música, quizás el arte con mayor facilidad para elevar nuestro espíritu, nos adentra igualmente en esa constante búsqueda de la verdad a través de la perfección de lo sublime. Todos sus textos, incluso los supuestamente dedicados a otras cuestiones poco poéticas como la economía o las finanzas están presididos por esa magnificencia exquisita. La Caritas in Veritate, que complementa y actualiza la Centesimus Annus a la luz de la globalización, es todo un privilegio de hermosura. Encuentra la verdad en la caridad del amor y centra en esa síntesis de toda ley «la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia es un signo de la constante sencillez que anhela en la verdad, sin la cual todo empeño humano acaba resultando estéril. No es vano, como escribió Chateaubriand «la incredulidad es la principal causa de decadencia del gusto y del genio», quien remacha que «sin religión no hay sensibilidad, sino un aburrido general de talentos en los que la impiedad lo esteriliza todo». Un mensaje

may actual en estos tiempos en que el feísmo en todas sus variantes campa a sus anchas. Precisamente por eso el caliz que ha tenido que beber el Papa no podría resultar más amargo para un hombre de su refinamiento y esquizofrenia intelectual y espiritual. El encierro de los últimos meses (al que la Conferencia Episcopal estadounidense aplicó la peor de las recetas posibles) tuvo en Benedicto XVI, sin embargo y para sorpresa de muchos, al más firme defensor de la transparencia, encaminando hacia la Justicia ordinaria lo que hasta entonces estaba acotado a la jurisdicción canónica.

No lleva esto a tratar el asunto de la Curia, una cuestión sin la cual la visión del Pontificado que hoy concluye quedaría incompleta. Vivimos unos tiempos en que el Mito del Progreso hace agua por todas partes y la Humanidad sigue sin conseguir ser feliz, aun habiéndose liberado de ese Dios que «la entristecía» (Camus), y habiendo mutilado el Evangelio para hacerlo acorde a una filosofía en que todo se mide al cambiante compás de los sentimientos, las sensaciones y los caprichos. El hombre, que primero mató a Dios, luego se ha olvidado de Él, despreciando su mensaje, occidentalizando a los paganos, dilapidando al becerro de oro y blasfemando o marmurando sin medida. La definitiva, la liberación de ese Dios no parece haber conseguido que superemos la sensación de Nietzsche, su asesino oficial, de que cada vez es más de trache.

Esta ruptura de la alianza con su creador se ha producido en el mundo, en la Iglesia y en su jerarquía a partes iguales. Y si Karol Wojtyła fue un Papa Ad-Extra, cuya voz se oyó en todo el orbe, Joseph Ratzinger lo ha sido Ad-Intra, cuidando de las raíces de la civilización que brota de la semilla romana. Sólo así se entiende su particular dedicación a Europa y quizás se valore mejor ahora el hecho —evidentemente excepcional— de que España haya sido el único país que ha visitado en tres ocasiones en muy corto periodo de tiempo.

A estas alturas de la Historia, en la que ya sabemos que el pueblo judío no fue el único responsable de la crucifixión, dirigiéndonos a una escandalizada hacia los purpurados sería de una hipocresía mayúscula. La Iglesia sufre las consecuencias de la conducta de todos nosotros, de nuestros valores relativos y cambiantes, del mal que anda en nuestros corazones, del que sienten la violencia, las traiciones, y todas las inequidades. Queremos con el eslogan barato y simplón de que la Curia está corrompida por el pecado es una muestra del mismo fariseísmo que criticamos en Caifás. Basta leer a Bishop cuando describe la misa de agosto, para verse reflejados en «esa maravilla de cultura y religión, de eficiencia en los rituales y de palabras de alabanza, de enorme poderío y de compadres para darlos cuenta de la similitud entre la crisis moral, socioeconómica, espiritual y religiosa del ciber mundo y la que asola al mundo globalizado».

Benedicto XVI inicia hoy un vistazo universal siguiendo las misteriosas palabras de Jesús que relata San Juan (16:24): «Fiducia un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre. Algo que ocurrirá cuando quien hasta hoy portaba el anillo del pecador se despierta de la Humanidad, para volver a dejarse ver en unas semanas desde el balcón central de la Basílica de San Pedro, ya con un nuevo nombre y un nuevo rostro, pero portando la misma luz de esperanza que se encendió hace más de 2.000 años.

Si coincidimos con Emerson que «la clave de todas las épocas es la debilidad de la gran mayoría de los hombres, salvo en ciertos momentos eminentes», en esta hora de la humanidad ese privilegio lo ostenta un hombre que destaca por encima del resto, de cuyo testimonio obohemistas tonar sus notas. La Historia le recordará como Benedicto XVI, nosotros —sus cotidianos— sabemos que su nombre era Joseph Ratzinger, pero cuando se cumple su hora, sólo el Padre le llamará por su nombre de pila. Como a cada uno de nosotros, llegado el momento.

Antonio Camuñas Baena es miembro del Consejo Internacional de Asesores de la Fundación Vaticana Centesimus Annus Pro-Pontifice.



«Quedarse con el enfoque simplón de que la Curia está corrompida por el pecado es una muestra del fariseísmo de Caifás»

Madrid, 1 de Marzo de 2013. El presidente de Global Strategies publicó ayer, último día de Pontificado de Benedicto XVI una Tribuna de Opinión en el diario *El Mundo*.

Antonio Camuñas, que firma el mencionado trabajo como miembro del Consejo Internacional de Asesores de la Fundación Vaticana Centesimus Annus Pro-Pontifice, glosa el papado de Benedicto XVI desde distintas vertientes a través del hilo conductor que la belleza, como camino hacia la verdad, ha tenido durante su pontificado.

Asimismo, a través de los diferentes gestos y acciones del Papa traza una serie de paralelismos entre la Pascua de Cristo y la que estamos viviendo, en una clara invitación a revivir el espíritu con el que los cristianos han de vivir la Cuaresma. Sin pasar por alto los graves problemas por los que ha atravesado la Iglesia en estos años, establece una clara corresponsabilidad entre los miembros, los fieles y la jerarquía, huyendo de la hipocresía reduccionista que centra las críticas en la curia romana.